

Ab 17/55

TRAZOS

Dur

Por César García Pons

Agustín Acosta, poeta nacional

EL acuerdo de la Cámara de Representantes que concede a Agustín Acosta el título de Poeta Nacional no deja de tener gracia. No conocemos el texto de la moción que dió origen al homenaje, pero ya de por sí éste resulta peregrino. Si se hubiere resuelto honrarle por literato magnífico, cualquiera que fuere la forma de la honra ello estaría plenamente justificado. Lo que no se nos alcanza es que el mencionado cuerpo legislativo, nueva academia de letras, por lo que se ve, haya considerado pertinente otorgar la consagración y asignar un rango al bardo matancero. El chusco podría decirse que la categoría literaria más que de valores genuinos dependerá en el futuro de lo que opinen al respecto los congresistas y que, por lo mismo, ser buen o mal poeta será cuestión de votos en una asamblea congresional. El caso es, sin embargo, que en esta oportunidad el original diploma se corresponde con un criterio muy generalizado acerca de la significación del autor de "Ala", por lo que la resolución adoptada—pueden argüir sus propugnadores—no hace otra cosa que recoger un estado de opinión colectivo.

Agustín Acosta es un excelente poeta. Lo fué desde los primeros versos. Nació a la poesía dominando la forma y ascendió al más alto vuelo lírico insuflándole alientos muy personales. Por la lengua en que escribe es un poeta que no podrá desconocer nunca la historia de la literatura hispanoamericana, y por los temas que aborda, trasunto de una sensibilidad hecha a la emoción de la tierra y del paisaje natal, un poeta esencialmente cubano. "La Zafra" y cualquiera de sus décimas destilan zumo criollo como para fundar, sin más, la afirmación. Empero, no se ha de ver esto último como una de las características de su verso, sino como la esencial. Bien examinada su obra, ninguna otra alcanza relieve semejante. Y es que Agustín Acosta ha vivido y vive su patria a la manera de los grandes amadores, gustándola en su naturaleza, advirtiéndola en sus manifestaciones sociales, penetrándola en sus símbolos. De ahí, por otra parte, que su poesía resulte en mucho una resonancia de voces nuestras. No es, como en tanto, una elaboración literaria, sino una síntesis pura en el sentido de la autenticidad, de la le-

gitimidad. Cuando se habla de esencias cubanas en Agustín Acosta se está aludiendo a una realidad elocuentísima.

Es un poeta que ha durado y que se ha visto durar. Lo que equivale a que se ha sentido vigente, reactualizado a cada salida, dueño de poder envidiable. Es un poeta, además, sin altibajos. Su verso, sostenido en la misma jerarquía que conquistara tempranamente, se ha impuesto con idéntico valor en los extremos y a lo largo de un periodo que ignoran, por lo general, los ingenios favorecidos por las musas. Estas, siempre veleidosas, van y vienen, y no en todo momento obsequian la misma luz de belleza. Para Acosta las musas son fieles y nada egoístas. El bardo las atrae, las sujeta y las obliga en el seno de una intimidad de por sí saturada de armonías y de acordes.

Hay, en efecto, una subyugante musicalidad en Agustín Acosta. Empero, volvamos a la diferenciación anterior. No se trata de la música buscada, de la nota conseguida en fuerza de formas. Se trata de la música que arranca del hondón de su verso y lo llena y lo acaricia levemente, dulcemente. Poeta fuerte es, con todo. Poeta de remonto a su antojo; poeta que enlaza la poesía y la vida, para que una y otra en sus estrofas luzcan la maravillosa unidad en que cuaja el astro generoso, capaz de un mensaje natural, limpio como el discurrir de la fuente mansa.

Los críticos han señalado lugares a Acosta. Allá ellos. A la postre los movimientos literarios resultan más formales que de fondo, pues los poetas son los mismos en todas las épocas, y la aptitud que lo impulsa y en definitiva lo realiza es personal y eterna. Desde que leímos al hoy poeta nacional el verso era en él un avasallamiento de su mundo interior, y era bueno. A muchos años de distancia se nos renueva al encontrarlo la misma impresión. Quiere decir que en verdad y para nosotros al menos, su producción ha resistido cambios y mudanzas y el alto poeta se ha mantenido en pie.

Acosta quedará. Cuando ya nadie se acuerde de que lo nombraron poeta nacional su verso estará vivo. Figura en el grupo exiguo de los bardos que ganan y aseguran el porvenir, la gloria póstuma. Lo cual ocurre tan sólo a los que como él imprimen una huella que no se borra.